TRADUCCIÓN

WASUBIRI KIFO
(EN ESPERA DE LA MUERTE)

LEONARD LISANZA MUAKA

Nota introductoria

EL GÉNERO MÁS ANTIGUO DE LA LITERATURA SWAHILI es la poesía, aunque la prosa en esta lengua siempre ha existido, al ser el pueblo swahili originalmente de tradición oral, como otros pueblos africanos, y siempre se reúne alrededor de una mesa para contar historias, por ejemplo, la tradición de los *hadithi*.[1] La prosa y el teatro[2] son géneros que ahora han echado raíces en la escritura en swahili y actualmente ocupan un lugar importante en esta literatura.

La mayor parte de quienes escriben novelas y obras de teatro ha recibido la influencia de la educación occidental. Esto fue posible principalmente en los años sesenta, cuando muchos jóvenes africanos empezaron a aprovechar los beneficios de esta educación, incluso algunos escritores salieron de sus países para estudiar en el extranjero, y a partir de entonces han hecho contribuciones en abundancia al mundo literario de sus respectivas regiones. África oriental no es una excepción.

Euphrase Kezilahabi es uno de los pocos académicos africanos que ha dejado huella en el mundo literario. Escritor en lengua swahili y originario de Tanzania, su actividad literaria se extiende desde principios de los años setenta hasta hoy día. Es uno de los escritores que cultivan tanto la prosa como la

[1] *Hadithi*: "recuentos de hechos y citaciones del Profeta [Muhammad]".
[2] Algunos críticos no separan teatro y prosa.

poesía. Por ello, fue uno de los primeros poetas de lengua swahili que eligió usar el verso libre cuando casi todos los demás poetas de esta lengua siguieron usando la prosodia de rima y métrica tradicionales.

Euphrase Kezilahabi nació el 13 de abril de 1944 en la isla de Ukerewe en el lago Victoria, Tanzania, en África oriental. Realizó su educación primaria en la propia isla y prosiguió sus estudios secundarios en una escuela religiosa particular que moldeó en gran medida sus escritos. Los catorce años que pasó en el ambiente católico de su escuela secundaria quedan ejemplificados claramente en su primera novela, *Rosa Mistika*, la cual es un retrato de la heroína Rosa, quien no logra manejar la nueva libertad que halla fuera de su estricta casa paterna cuando asiste a la escuela. El autor también muestra cómo la religión no es suficiente para ayudar a Rosa a contener sus necesidades físicas. Al final, Rosa se suicida pues ya no le encuentra sentido a la vida.

En 1970 Kezilahabi obtuvo su licenciatura y en 1976 su maestría en la Universidad de Dar-es-Salaam. Posteriormente asistió a la Universidad Madison de Wisconsin, donde siguió estudios de posgrado en lenguas y literatura africanas y terminó su maestría en 1982 y su doctorado en 1985. Kezilahabi ha dado cursos en la Universidad de Dar-es-Salaam por mucho tiempo, hasta llegar a ser catedrático. También ha tenido la oportunidad de enseñar en otras universidades de prestigio fuera de su país.

Kezilahabi, quien es un de los pocos académicos reconocidos que escribe en lengua swahili, cuenta en su haber varias obras de su pluma. En la mayor parte de ellas, como ya se dijo, se refleja la influencia de su educación, tanto de la escuela religiosa a la que asistió como de las lecturas de obras existencialistas que realizó cuando estaba en la universidad y después. Leyó a Camus y Beckett. Ha publicado más de diez obras y numerosos artículos que han aparecido en revistas que cuentan con reconocimiento internacional. Algunas de las obras que ha escrito son: *Rosa Mistika* (1971), *Kichwamaji* (1974), *Dunia Uwanja wa Fujo* (1975), *Gamba la Nyoka* (1978), *Kichomi* (1974), *Usbairi wa Shaaban Robert* (1976), *Nagona* (1990), *Karibu Ndani* (1988), *Mzingile* (1990), *Kaptula la Marx* (1995).

Sus cuentos incluyen "Wasubiri Kifo", publicado en *Maandishi kutoka Tanzania: Hadithi* (1978) y "Mayai Waziri wa Maradhi", publicado en el diario *Mzalendo*.

La mayor parte de sus obras están enfocadas en los problemas que enfrenta su pueblo, aunque fue criticado por las primeras que publicó, pues según sus lectores no se ocupaba del pueblo de Tanzania. Esta crítica es discutible, pues uno no puede dejar de ver que en sus obras aborda los problemas de su país. El aspecto en que concuerda la mayoría de los críticos es en el relativo al lenguaje utilizado por Kezilahabi, sumamente simbólico, y que exige una mente crítica para entender plenamente el mensaje del autor. En sus trabajos posteriores, Kezilahabi ha intentado tratar a fondo la cuestión Ujamaa, la cual dio lugar a la Declaración de Arusha de 1967. En esta declaración, todos los tanzanos debían hacer pública su riqueza y participar activamente en la construcción de las aldeas Ujamaa,[3] y también declarar toda su riqueza como propiedad del Estado, con lo que efectivamente se establecía el socialismo. Está claro que el sistema falló, pero como Kezilahabi expuso en sus escritos, esos dirigentes que predicaban en actos públicos las bondades del Ujamaa, al final terminaron haciendo justo lo contrario, abusando del ciudadano común. Aunque mediante su enfoque no llega necesariamente a dar soluciones al problema, Kezilahabi mostró con claridad los males de su sociedad, de manera que sus lectores pudieran pensar en ellos con más seriedad y ayudaran a encontrar mejores maneras de solucionarlos.

Kezilahabi también se ha detenido largamente en los problemas de pobreza que enfrenta su pueblo. En el cuento "Wasubiri Kifo" (En espera de la muerte), Kezilahabi habla acerca de los problemas de los habitantes de la aldea de Mkalala y se da cuenta de que existe un problema mayor en la sociedad, el cual es responsabilidad de cada ciudadano rectificar.

[3] El concepto Ujamaa fue creado por Mwalimu Julius Nyerere, primer presidente de Tanzania. En la Declaración de Arusha de 1967, los tanzanos aprobaron la resolución de levantar aldeas comunales donde todos trabajarían para beneficio de todo el país. Mientras los políticos formulaban estas declaraciones, todo el proceso fracasó porque esos mismos políticos cambiaron diametralmente su actitud respecto a dicho programa.

Narra un conmovedor suceso en el que un aldeano agoniza y sus mejores amigos sólo son arañas, murciélagos y chinches. Se trata de una aldea en la que la gente muere día y noche por falta de los servicios más básicos. Los aldeanos no tienen de qué enorgullecerse. No tienen hospitales y pareciera que el gobierno central los ha excluido completamente de los planes de desarrollo del país. Es gente que se ha dado en exceso a la bebida y que no tiene esperanza de un futuro mejor.

La educación no es algo que se ha puesto al alcance de estos aldeanos y, lamentablemente, los políticos egoístas se han aprovechado de esta situación para llegar al Parlamento y, ya que obtienen el puesto, dejan a los pobres aldeanos a su suerte. Los políticos sólo se aparecen cada cinco años, cuando quieren obtener el favor del electorado para otro periodo de gobierno. La situación de Tanzania no es privativa de este país. De hecho, ha sido un problema muy grave en la mayor parte de los países africanos, donde los políticos parecen jugar el mismo tipo de juego. En la actualidad es posible que la situación esté cambiando en casi todos los países donde los políticos ahora se percatan de que tienen que rendir cuentas ante el pueblo que los eligió. Ésta es la nueva ola que barre a toda África.

Desde la presentación de la historia, claramente vemos un pueblo que comienza a darse cuenta de que se están aprovechando de él. La frecuente pérdida de personas valiosas en esta comunidad empieza a ser una preocupación. Sus muertes son muy dolorosas; viven en el dolor y mueren en él. En su sufrimiento vemos que los aldeanos hallan una razón para unirse y luchar en contra del enemigo común, a pesar de sus escasos recursos materiales. Los aldeanos reconocen que no tienen que vivir al día y esperar la muerte, sino que también deben pensar en las futuras generaciones.

Como escritor, Kezilahabi ha sido acusado por muchos críticos de haber perdido la fe en la vida. Ejemplos de esto los encontramos en las muertes que da a sus personajes principales. Para Kezilahabi, "el mundo sólo es un terreno de juego donde todos vienen a jugar sus juegos, sean ricos o pobres, y después mueren". En el relato "En espera de la muerte", Kezilahabi mata a Lugola, el personaje principal, para que pueda

partir a descansar en paz. Sí, nos compadecemos de la situación de Lugola, pero según vamos avanzando en la lectura, reconocemos que dicho personaje tiene muy buenas ideas. El porqué el autor no deja que este personaje lleve a la práctica estas ideas es un misterio.

Kezilahabi ve a la vida como un esfuerzo inútil, especialmente si uno está sumido en problemas. Cree que este mundo no es el mejor lugar para vivir, y por ello prefiere ayudar a las atribuladas almas a partir hacia el descanso eterno de la muerte, donde nunca más serán molestadas. Esto se ve con claridad en sus obras, no sólo en prosa, sino también en su poesía, en la cual se rinde frente a la vida diciendo que está cansado de asirse a su cuerda. Prefiere matarse, aunque es precisamente contra esta decisión que se pronuncia en su cuento "En espera de la muerte".

En cuanto a sus recursos estilísticos, Kezilahabi echa mano de poderosas imágenes, que toma del ambiente que le rodea, lo cual hace de su obra una escritura más conmovedora para su público, que puede identificarse fácilmente con ella. Las metáforas y comparaciones que usa ayudan a transmitir el mensaje al hacer que se perciba con una claridad mucho mayor.

También desarrolla un ritmo especial a partir de la elección de palabras poéticas. Asimismo, tiene un buen dominio de la lengua, lo cual hace que sea fácil seguir el hilo de sus cuentos, mas uno debe hacer el esfuerzo de colocarse al mismo nivel de lenguaje antes de que esto sea posible, pero dicho esfuerzo hace a su narrativa más atractiva.

En suma, Kezilahabi tiene un lugar muy especial en la literatura swahili y probablemente sea el escritor más leído en dicha lengua, después de Shaaban Robert.

Traducción del inglés:
GERMÁN FRANCO TORIZ

Bibliografía

BERTONCINI, Elena Zubkova (1989), *Outline of Swahili Literature Prose, Fiction and Drama*, Leiden, Países Bajos.

KEZILAHABI, Euphrase (1971), *Rosa Mistika*, East African Literature Bureau, Nairobi.
——(1978), "Wasubiri Kifo", en P. Mbonde (ed.), *Maandishi Toka*.
——*Tanzania: Hadithi*, East African Literature Bureau, Nairobi.
MBUNDA, Msokile (1992), *Misingi ya Hadithi Fupi*, DUP, Dar-es- Salaam.
MLACHA, S. A. K. (1989), "The Use of Metaphors in Kezilahabi's Novel: Rosa Mistika", *Kiswahili*, vol. 56, TUKI, Dar-es- Salaam.
NYERERE, J. K. (1968), *Ujamaa Essays on Socialism*, OUP, Dar- es-Salaam.

EN ESPERA DE LA MUERTE
(Un cuento de Euphrase Kezilahabi)

Traducción del swahili al inglés:
LEONARD LISANZA MUAKA
Del inglés al español:
GERMÁN FRANCO TORIZ

LA ALDEA DE MKALALA —ALDEA A LA QUE DURANTE MUCHO TIEMPO no se le ha dado la oportunidad de participar en la carrera del desarrollo— no era conocida. Uno pensaría que no estaba en el mapa del director de Desarrollo del Distrito —mapa que colgaba de la pared del director con muchos alfileres rojos y negros para espantar a los políticos—. No sólo era así. Los aldeanos de este lugar habían tenido que votar hacía tres años para elegir a una persona que afirmaba que Parlamento y arroz eran dos palabras que iban de la mano, como si fueran la misma cosa; que en el Parlamento se discutían los precios del arroz y si lo elegían pugnaría por el aumento del precio del mismo. Esta persona entendía esta aldea muy bien, una aldea donde no había una sola persona educada. Una aldea de gente pobre que hasta ese entonces, por no tener un mercado cerca, vendía su arroz a intermediarios que imponían el precio a su producto.

Éstos son los aldeanos que vivían en Mkalala —aldeanos que nunca habían visto a su miembro del Parlamento o a su director de Desarrollo.

Se decía que estos aldeanos tenían niguas en sus pies. Los forasteros murmuraban que estas niguas ahuyentaban a los expertos. Pero el problema, bastante obvio por cierto, en realidad era que bebían demasiado. Sin embargo, si acaso llegaras aquí y no fueras tanzano y no supieras lo que pasó en Arusha, estarías feliz de ver cómo estos aldeanos bebían y bailaban. Ellos mismos te dirían: "Si quieres disfrutar tu estancia aquí espera a la noche". Y es cierto que en la noche había diferentes tipos de chillidos y gruñidos provenientes de distintas direcciones. Si preguntaras "¿qué es eso?", sólo te darían una respuesta: "los borrachos".

Los aldeanos conocían casi todas las distintas voces de cada uno de ellos, y por su chillido hasta podían decir cuánto alcohol había bebido cada quién. Y si tienes suerte de encontrarte con uno de ellos entonces sí que te reirías de cómo se tambalea y escupe todo el tiempo. Por favor, escucha sus palabras. Los insultos son insoportables. Insulta a los árboles con los que se tropieza y a la hierba que atrapa sus pies y lo hace caer cuan débil es. Y si ve a un perro querrá atraparlo para quitarle los dientes con sus dedos.

Pero si fueras un tanzano y entendieras qué sucedió en Arusha y para qué, no dejarías de sentir pesar por esta situación. Verías cómo estos aldeanos son los "magos" de un sistema socialista —sistema que ahora tiene a sus clases altas cubiertas de tizne y vestidas con colores oscuros para tomar una nueva forma en la que puedan caminar tanto de noche como de día. No dejarías de notar que casi todo lo que hacen estos aldeanos es producto de un sistema social, y que en lugar de trabajar duro en sus campos han buscado una cierta manera de aliviar su tensión y sus problemas. Muchos de nosotros sabemos que cuando se le acaba la carne al león come hierba, pero nunca queremos saber qué come un ser humano cuando se le acaba su comida normal.

Así, pues, en esta aldea solía vivir Lugola. La aldea de Mkalala, una aldea que tenía a sus pobladores bien unidos y amarrados en un atado de pobreza. Lugola era el presidente de este atado, atado en el que los que estaban dentro habían recibido una pequeña sección en lo alto de una colina para depositar sus huesos después de que las gordas chinches se los hubieran chupado.

Durante todo el último mes no habían visto a Lugola en la aldea y todos los aldeanos sabían que estaba en tratamiento médico en Kasago, la cabecera del Distrito, como a 50 millas de la aldea de Mkalala. Sólo un puñado de aldeanos de Mkalala podían distinguir las dos banderas que solían ondear muy alto en ese lugar; aparte de eso no veían ninguna diferencia entre esas banderas y las de sus danzas tradicionales.

Después de que la brujería de los europeos fracasara en la cura de la enfermedad de Lugola, por lo que regresó a su casa, muchos aldeanos pensaron que no iba a sobrevivir. Al día si-

guiente en que Lugola regresó a su casa, su enfermedad estaba en boca de todos los aldeanos y especialmente de su esposa Mgole y sus dos hijos, Msusa y Kalenga, que ya eran grandes.

Los doctores no se equivocaron y la ansiedad de los aldeanos era fundada, porque durante la segunda noche después de la cena, Mgole fue a despertar a sus hijos que dormían en su choza. Mgole no tuvo tiempo de caminar hasta allí: sólo salió y llamó: "¡Msusa! ¡Kalenga! ¡Vengan rápido!"

No había que decir más. Sus hijos salieron de inmediato llenos de ansiedad. Afuera, el silencio dominaba la noche y la noche dominaba la gritería de los pocos borrachos que se oían a la distancia. Los jóvenes entraron a la habitación donde yacía el paciente, su padre. Vieron, entendieron.

Esta habitación estaba llena de amigos de Lugola que no eran bien vistos; amigos que son amigos de mucha gente pobre. Esos amigos que entendían los problemas de este paciente —los problemas de la gente pobre— eran lagartijas que estaban escondidas en las grietas de la paredes, esos amigos eran arañas que permanecerían silenciosas en los rincones de la casa y murciélagos que podían reducir la cantidad de mosquitos que rondaban al enfermo.

Tras un largo silencio, los murciélagos que colgaban del techo empezaron a mover sus orejas cuando los hijos del enfermo dijeron las palabras "muerte" y "pobreza". Pensarías que de ahí irían a susurrar a los ricos el secreto de las penurias de las vidas de la gente pobre. Tal vez hubieran podido hacer eso si las ventanas de esas casas no estuvieran reforzadas con malla de alambre. Las arañas comenzaron a bailar con sus patas, enseñando al paciente y a su familia cómo el sistema de su sociedad los había ensartado en una hebra. Pero las lagartijas estaban dormidas con uno de sus ojos del lado donde yacía el paciente. La tenue luz de la pequeña lámpara hacía que los animales, los insectos y lo que se arrastraba fueran visibles, y también hacía brillar los ojos de las lagartijas en las grietas como si fueran pequeñas cuentas. Murciélagos, arañas y estas lagartijas eran los amigos de Lugola, y también amigos de los pobres y de la pobreza. Éstos eran los que los escuchaban, los visitaban, los miraban y entendían los problemas de los pobres.

Sus otros amigos, quienes probablemente fueran los que causaron su enfermedad física, estaban escondidos. Estos amigos eran chinches, escondidas en las uniones y nudos de las cuerdas de la cama, que estaban tan sueltos que hacían ver al paciente como si estuviera durmiendo en un hoyo; estos amigos eran piojos que había en las viejas mantas del paciente; y las garrapatas que transmiten espirilos que saltaban en el polvo de la casa. Estos amigos todavía luchaban por chupar la sangre del paciente por última vez antes de que la muerte pudiera coagularla. Las chinches, las garrapatas y los piojos son los que eran a la vez amigos y enemigos de Lugola, amigos de los pobres y de la pobreza. Y durante un largo tiempo, la gente siguió guiándose por la falsa filosofía de que estos amigos eran una señal de riqueza.

Es así como se ven las cosas en nuestra sociedad incluso ahora. Hay amigos de los pobres que están en primera categoría y hay otros que están en la segunda. Como son las cosas ahora, parecería que uno de los dos grupos domina al otro.

Mgole y sus hijos estaban desconcertados y no sabían qué hacer. Cuando el paciente dejó escapar un quejido se horrorizaron.

"Su padre se nos muere", dijo Mgole, "pongan sus manos sobre su pecho."

Cuando lo tocaron empezó poco a poquito a abrir sus ojos. Era claro que los abría con mucha dificultad, para poder hacer lo que la gente mayor tenía que hacer —impartir sabiduría. Trató de abrir la boca y de repente cerró otra vez sus ojos.

"¡Msusa, por favor llama a los vecinos!", dijo Mgole con ansiedad. El silencio imperó en toda la habitación cuando salió Msusa. Los que se quedaron no sabían si había llegado la hora o no. Después de un rato Msusa regresó con dos vecinos. Por el movimiento de su pecho se podía ver que todavía respiraba. Cuando los vecinos lo vieron hicieron gestos que mostraban su pérdida de esperanza en que sobreviviera. Todos miraban la cama. Sólo Mgole estaba sentada en un extremo de la cama con la cabeza inclinada y una mano en la mejilla. El silencio que siguió hizo que se pusiera a llorar. Sus primeras lágrimas eran gotas, pero las que siguieron le escurrieron por sus mejillas hasta la nariz y la boca.

De pronto, el paciente dio un gran gemido que horrorizó a todos los que estaban ahí. Un vecino se apresuró a cerrarle los ojos a Lugola, creyendo que por fin había terminado de sufrir. Pero cuando se irguió le pareció que los ojos del paciente parecían mirar débilmente. El paciente trató entonces de abrir su boca, y con dificultades empezaron a salir las palabras que los hijos habían estado esperando: "Hijos míos me... me muero. Nací pobre y muero pobre. No sé qué vayan a heredar. No tengo nada que dejarles, excepto mi pobreza. Si fuera por trabajo, hijos míos, sí trabajé. No fui un holgazán. Aré la tierra desde niño hasta ahora, pero mi condición sigue siendo la misma. Hay algo que no está bien en nuestra sociedad. Pero no sé qué es. Sólo sé que soy pobre. Nací desnudo y me han de enterrar desnudo en esta sabanilla mía. Sólo los pobres saben el verdadero significado de la muerte de un hombre pobre".

Hizo una pausa y descansó un momento. Trató de humedecer sus labios con su lengua para que no estuvieran tan secos. Los que estaban ahí guardaban silencio, escuchando al enfermo decir palabras que no les eran extrañas. Casi todos los que han muerto en esta aldea murieron quejándose de su lamentable estado.

"Hijos míos, cuando los pobres morimos, la GENTE dice que hemos lamido la tierra. Hijos míos, lamemos la tierra. Los que mueren son GENTE. Gente con una alta condición social que deja propiedades al morir."

Entonces su flaco perro, del que nadie había notado su presencia o cuándo había entrado, comenzó a lamer la herida purulenta que el paciente tenía en la pierna. Los que estaban ahí golpearon al perro. El paciente oyó y se sobresaltó. Era como si lo golpearan a él. Entonces dijo: "Dejen al perro. Dejen al perro en paz, hijos míos. No deben descargar su coraje en el perro. Si esto es morir, me estoy muriendo. Dejen que el perro me lama. Qué más pueden poseer los pobres si no son los perros; sólo los perros están debajo de nosotros y la hierba que pisamos cada día del Señor. Dejen que los perros nos laman mientras lamemos los pies de los que están arriba de nosotros".

En este momento se oyó el sonido del búho, proveniente del techo de la casa. Los que estaban adentro empezaron a asustarse mucho. Entonces el enfermo dejó escapar un profundo suspi-

ro y dijo: "Ya me voy, mis abuelos me llaman; ya dije suficiente a los que tienen orejas que de veras quieren oír. Hijos míos, lleven ese leño de vida de pobreza, llévenlo en sus hombros, y luchen por sacudírselo. Si no pueden, traten otra vez, y otra y otra. Pero nunca se rindan dándose muerte ustedes mismos".

Después de decir estas palabras, el enfermo volvió a cerrar sus ojos. Los que estaban ahí se sentaron en silencio a esperar más palabras del moribundo, pero éste dio un largo y enorme suspiro, seguido de un espantoso gemido. Este gemido persistió durante mucho rato. Los que estaban ahí permanecieron en silencio —en espera de la muerte.

Cuando terminó este gemido, el enfermo empezó a jadear muy rápido y sus ojos, que ya daban señales de muerte, no se movían y ni siquiera parpadeaban. Pero seguía jadeando. Su corazón seguía latiendo. Su corazón todavía le perturbaba el cuerpo. Los presentes se percataron de que ya había empezado a perder el sentido. El moribundo siguió jadeando así durante mucho tiempo. Al final, los dos vecinos dormitaban y sólo se despabilaron cuando casi se caen. Mgole y sus hijos seguían despiertos. Sus ojos estaban enrojecidos y el sollozo de Mgole había provocado la hinchazón de las venas de su cuello.

Muy temprano por la mañana, cuando los pájaros comenzaron a cantar para dar la bienvenida a los aldeanos a sus problemas cotidianos, el enfermo finalmente llegó a los confines del océano de su vida. Esta mañana en particular, también los pájaros cantaban al paciente las últimas canciones que escucharía. Estas canciones eran el "fastidio" de los pobres. Ya no había aliento y el corazón no daba señales de vida. Los adormilados vecinos se despertaron sacudiendo sus cabezas y se concentraron en lo que los había llevado allí. Las piernas y manos del enfermo comenzaron a temblar como pájaros que hubieran caído en el fuego, encendido por quién sabe quién. Su cuerpo se fue aflojando poco a poco y entonces se sacudió momentáneamente; los vecinos le cerraron los ojos y la boca, y su cuello se ladeó a la izquierda. Entonces los murciélagos empezaron a salirse por la ventana, un murciélago voló tan cerca de la lámpara que se apagaron sus flamas. Ya era de día. Uno de los vecinos tocó el cuerpo del paciente. Estaba frío. Entonces dijo lo que todos estaban esperando.

"Ya murió." Mgole pegó un grito muy fuerte. Este grito fue señal suficiente para todos los aldeanos que lo oyeron. Cuando los gritos siguieron, entendieron. Msusa y Kalenga no gritaron, pero las lágrimas salían de sus ojos.

Así murió el pobre Lugola. La muerte de tanta gente pobre.

Por la mañana los aldeanos se reunieron en la casa del difunto Lugola. Escogieron a seis niños para que fueran a cavar la tumba en la colina. "Sólo los pobres saben el significado de la muerte de un hombre pobre." Todos los aldeanos callaban. Los que hablaban lo hacían susurrando. Pero todos ellos estaban cabizbajos, sus cuellos esperando a que mañana o pasado mañana cayera sobre cualquiera de ellos el hacha de la pobreza —en espera de la muerte—. Dentro de la casa preparaban el cadáver para el entierro. Después de lavarlo lo envolvieron en la vieja sabanilla que todavía tenía piojos que trataban de chuparle al muerto la sangre que ya se había coagulado. Entonces ataron el cadáver con unas mantas viejas, con las que el difunto solía cubrirse. Las orillas de las mantas se ataron formando un ovillo —por la cabeza y por los pies—. Era el momento de llevar al muerto a su última morada. Fue como a las diez que dos personas, una detrás de la otra, salieron de la casa cargando al difunto, su cadáver colgando bajo los palos a los que se habían atado las mantas. El peso del cadáver hacía que el ovillo se balanceara a medida que caminaban.

Finalmente, el cortejo emprendió el camino hacia el lugar del entierro. El cadáver, que se había curvado como un arco iris, se veía sobresaliendo a través de las raídas mantas como los juguetes de los niños de la gente rica. No habían andado mucho cuando de repente se soltó uno de los nudos de la sabanilla y se cayó el cadáver. Los aldeanos lo rodearon de inmediato y lo volvieron a atar, esta vez con más cuidado. Mgole se desplomó cuando vio lo que había pasado. Después de un rato se levantó y durante el resto del camino dos personas la consolaban mientras la sostenían. Mgole lloraba. Las lágrimas corrían por su pecho y hacían que sus senos secos, que habían quedado descubiertos y sobresalían y bailoteaban sobre su pecho, lloraran por la triste condición de la pobreza.

Estos aldeanos solían enterrar a sus muertos en esta colina, que era famosa porque se sabía que hacía mucho, durante

la colonia, había venido un experto que exploró el área y afirmó que una gran parte de la aldea era rica en minerales preciosos. Entonces se ordenó a los aldeanos que enterraran a sus muertos en lo alto de la colina. La independencia truncó los planes de esta gente y entonces los aldeanos siguieron marchitándose en la pobreza, comiéndose la pobreza pero al mismo tiempo caminando sobre riquezas que el director de Desarrollo del Distrito no conocía.

El cortejo empezó a subir la colina con el cadáver que todavía sobresalía debajo de los palos que cargaban las dos personas sobre sus hombros. Cuando subieron la colina el cortejo era muy largo, porque el sendero hacia el entierro era muy estrecho. La gente se vio obligada a seguirse en una sola fila. Así que, si vieras esta cola desde lejos, la equipararías con una serpiente que se arrastraba lentamente hacia la cima de la colina.

Cuando llegaron, vieron que la tumba ya estaba cavada. Como había muchas piedras y mucha arena en lo alto de la colina, la fosa no era tan profunda; y ésa es la profundidad de muchas de las tumbas de estos aldeanos. Posaron el cadáver al lado de la tumba y entonces un anciano dijo una breve oración fúnebre.

> Compañeros aldeanos: Todos conocimos a Lugola, quien durante mucho tiempo fue el presidente de nuestras reuniones. Hoy yace aquí durmiendo, y en poco tiempo todos tomaremos nuestros azadones para cubrirlo de tierra. Después lo dejaremos aquí en la colina y por las noches cerraremos nuestras puertas sabiendo que nadie vendrá a tocar a ellas otra vez. Aquí está ahora durmiendo, reclamando nuestras lágrimas. Si pudiera revivir a los muertos, reviviría a mis amigos pobres que enterramos un día sí y otro también. Si fuéramos mucha gente tendríamos una voz tan fuerte que nos ayudaría a reducir los problemas que tenemos actualmente. Clamamos por habilidades, pero no tenemos habilidades; clamamos por ayuda, pero no nos la dan; clamamos por el cambio, pero no lo vemos. La unión de las propiedades del pobre pueblo es débil, pero la unión de sus ideas es tan poderosa como una bala. Camaradas, enterremos ahora a nuestro camarada para que pueda descansar.

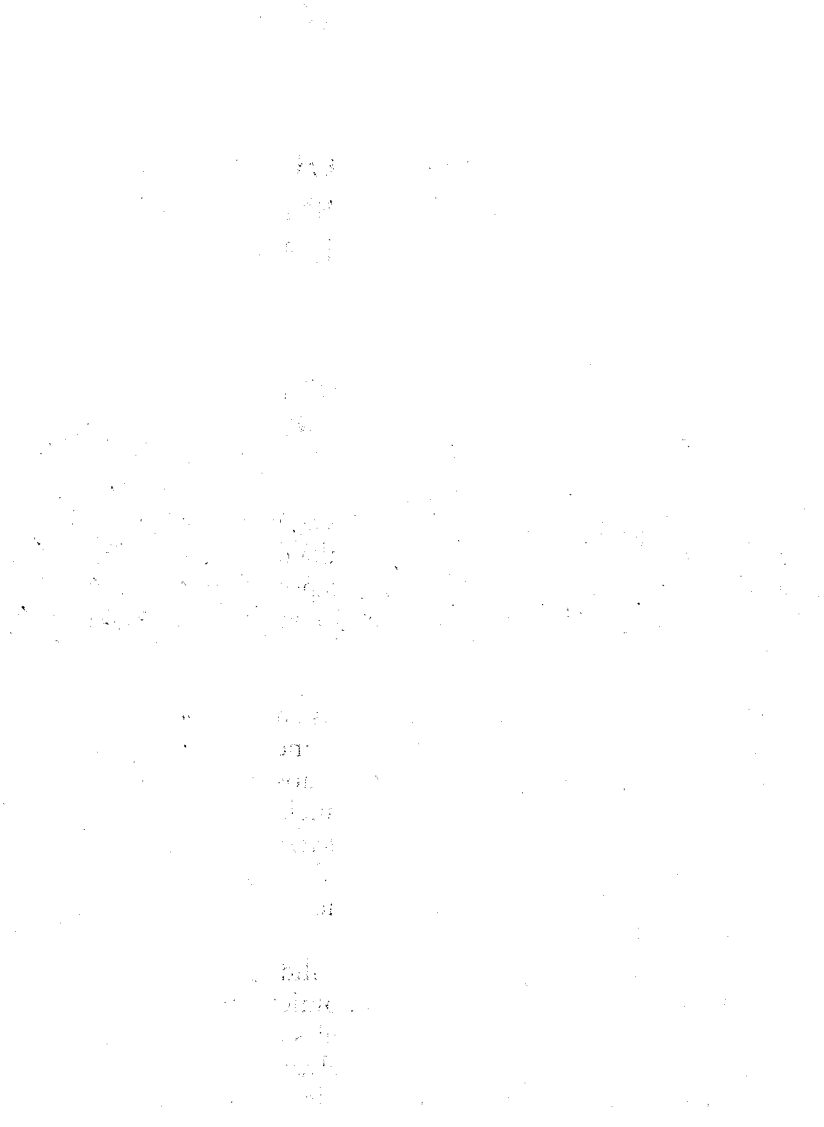
Tras esta corta oración fúnebre, depositaron el cadáver en la tumba. Cuando los que recibían el cadáver dentro de la fosa salieron, los familiares del difunto fueron los primeros en echar tierra, y entonces los aldeanos tomaron sus azadones y empe-

zaron a rellenar la fosa. En poco tiempo ya teníamos otra pequeña colina entre las muchas pequeñas colinas que cubrían los huesos de otros aldeanos pobres. Los aldeanos empezaron a descender como habían subido, cabizbajos, mientras susurraban: —EN ESPERA DE LA MUERTE.

El perro del difunto permaneció en el lugar del entierro. Al principio el perro se sentó pero después trató de exhumar el cadáver con sus garras. Cuando se cansó, se echó justo en el pequeño hoyo que quedó encima de la tumba. El perro durmió allí día y noche durante tres días seguidos, con la esperanza de que su amo saliera de esa casa que tenía una puerta que no se abría.

Pero cuando los aldeanos llegaron a casa de los deudos el día del entierro, después de consolar a Mgole y a sus hijos, se quedaron un rato y entonces se fueron uno por uno. Y a los tres días ya habían vuelto a su vida ordinaria, a la bebida y los problemas cotidianos —la pobreza.

Así fue la muerte de Lugola. La muerte del presidente de la Cooperativa de los pobres. Fue sólo una muerte entre muchas muertes que solían suceder en la aldea de Mkalala. Cada muerte era la promesa de la siguiente.

Todos sabemos que nos vamos a morir algún día, pero cuando mucha gente muere en la pobreza mientras otros alimentan y doman a personas en sus casas y jardines, definitivamente hay un problema en la estructura de esa sociedad, incluso si sus ciudades son grandes y tienen edificios que tocan las nubes.

La gente de la aldea de Mkalala se moría de día y de noche. Los que podían defenderlos y buscar maneras de solucionar sus problemas olvidaban todo cuando venían colina abajo con platos sobre sus cabezas. Cuando bajaban de las colinas, lugar donde descansaban los huesos de sus padres, empezaban a buscar medios y maneras de hacerse ricos, olvidaban que bajo cada piedra de los cimientos de esas casas, dormían los huesos de sus pobres padres. Por ello se convirtieron en gente de muchas palabras con teorías que no tenían pies ni cabeza. Olvidaron que platos que buscan comida nunca regresan vacíos, y entre ellos había semillas de la próxima siembra. ❖